

## Fernando Gil

# OCTUBRE

Este otoño se han cumplido 100 años del suceso que conmocionó el naciente siglo XX: la Revolución de octubre de 1917, que, en medio de la I Guerra Mundial, puso fin al imperio zarista e instauró un nuevo régimen político. Pareció entonces que empezaba el principio del fin del mundo conocido y en gran medida así fue, pues, con el desenlace de la guerra, los imperios alemán, austro-húngaro y otomano siguieron el camino del zarista. El imperio británico permanecía, el francés se resentía y el americano emergía como la futura gran potencia que llegaría a ser. En China, el imperio manchú, bajo la dinastía Ching había caído en 1911. Concluía políticamente el siglo XIX y el mundo cambiaba.

En la enorme Rusia se había erigido, por la fuerza pero con escaso vertido de sangre, el primer gobierno obrero del mundo, el primer sistema económico alternativo al capitalismo, que inauguraba la gran oposición ideológica y política entre los dos sistemas, capitalista y socialista, que habría de marcar el siglo. Era una idea llevada a la práctica; una utopía con visos de ser realizada. El mundo civilizado, el mundo capitalista, la sociedad burguesa la veían con estupor y no lo podía permitir. Del temor a que el ejemplo se extendiera y pusiera en peligro el orden dominante vino el apoyo de la burguesía internacional a los ejércitos de los blancos para tratar de derribar el poder soviético. Después de tres años de intervenir en la I Guerra Mundial, la guerra civil supuso una gran sangría para el pueblo ruso y el primer gran obstáculo a la Revolución.

La Revolución de Octubre tuvo consecuencias internacionales, pero también internas en países contendientes o neutrales, vencedores o vencidos en la guerra, pues uno de sus efectos fue señalar que el enemigo podía estar dentro de cada país. *Octubre* indicó a las clases dominantes el potencial peligro que residía en las clases subalternas, en las clases menesterosas, ahora peligrosas, en la posible rebelión de pobres y trabajadores. Avisaba que la revolución podía estallar dentro de cada país, movida por fuerzas interiores alentadas por el nuevo poder soviético, que pretendía extender esa rebelión a escala internacional, tal como trabajadores, soldados y campesinos habían hecho en Rusia, volviendo las bayonetas contra sus amos. Se preparaba la revolución mundial y se había fundado en 1919 la organización que la haría posible, la Internacional Comunista, y los instrumentos para promoverla y llevarla a cabo, los partidos comunistas dirigidos por ella. *Octubre* desató el miedo en las clases poseedoras de todo el mundo, el temor a la súbita politización de los trabajadores, de los sindicatos, de los funcionarios, del ejército, que podían ser captados por el comunismo, como había sucedido en Rusia, un imperio dirigido desde 1613 con mano de hierro por la dinastía de los Romanov apoyada por una nutrida aristocracia. Si eso había sucedido en un régimen dictatorial, con abundantes residuos feudales, era lógico pensar que pudiera repetirse con más facilidad en los regímenes parlamentarios, donde las clases subalternas disfrutaban de un poco más de libertad. Con el miedo a los *rojos* se desató el *terror blanco* y se instauró en los gobiernos la obsesión por la seguridad interna, la vigilancia, la persecución de agentes subversivos, la búsqueda y captura de comunistas y el deseo de acabar, como fuese, con el experimento soviético y con intentos similares que pudieran aparecer en el futuro. Había nacido una nueva versión del Congreso de Viena, pero lo cierto es que el recuerdo de *Octubre* contuvo el capitalismo durante décadas.

Decir que desde entonces ha pasado un siglo no es ocioso, porque en estos 100 años han ocurrido muchas cosas, una de ellas el fracaso de esa revolución en su principal objetivo, liberar a los oprimidos y ofrecer una alternativa al modo de producción capitalista, frac-

so que llevó en 1991 a la implosión del sistema económico-político generado por ella. Durante mucho tiempo, en las filas de la izquierda se creyó que la instauración del socialismo era un proceso irreversible, una etapa a superar sin posible vuelta atrás; no ha sido así. En el *siglo* soviético, de sólo 70 años, el mundo ha estado influido por el comunismo, ese temible adversario del sistema capitalista surgido en Rusia y continuado después en otros lugares, como China, Cuba, Vietnam o Camboya, revoluciones que, a pesar de haber promovido el crecimiento económico mediante una industrialización acelerada, también han degenerado en colectivismo burocrático, en el poder de una nueva clase social, en la dictadura de un partido, en despotismo estatal; en lo opuesto de lo que pretendían ser. Grotescas deformaciones de una teoría que pretendía liberar de sus cadenas a los trabajadores y, como efecto, a toda la humanidad. El cielo puede esperar.

### **Las revoluciones exóticas**

Para los jóvenes de mi generación, que en los años 60 estaban en la veintena y vivían empeñados en acabar con la dictadura franquista antes de que la dictadura acabara con ellos, la Revolución de octubre de 1917, la Revolución Bolchevique u *Octubre* era el modelo de revolución proletaria, y el Consejo de Comisarios del Pueblo, el primer gobierno obrero del mundo. *Octubre* era un ejemplo a imitar de revolución proletaria, porque era la prueba fehaciente que verificaba la teoría (y la profecía) sobre la Revolución, así con mayúscula, que ya no era una simple palabra, una consigna o una posibilidad de cambio, sino el fatal destino de una ley histórica; el modo preferente de cambiar un régimen político, la toma del poder por los trabajadores y clases subalternas; un cambio rápido y drástico que implicaba una ruptura con el sistema anterior y la base para emprender un proceso de profundas reformas que condujera hacia un sistema mejor, más justo, igualitario.

Las ganas de acabar con la dictadura y la prisa juvenil abonaban la impaciencia y ha-

cían creer en la posibilidad, en la necesidad, de un drástico y abrupto cambio político que restaurase en España la justicia, la libertad y un equitativo reparto de la riqueza, y tal cambio sólo podía venir de una revolución triunfante. Así que buscamos revoluciones triunfantes en las que inspirarnos, *Octubre* una de ellas. Y sin saber mucho sobre Rusia o, mejor dicho, desconociendo su larga historia, salvo los sucesos más próximos a 1917, pero seducidos por los escritos de Lenin y otros bolcheviques, mucha gente la tomó como modelo a veces puro, como revolución socialista, y otras veces mezclada con algún otro aditamento. Otras gentes de la misma generación se inclinaron por la versión china de la versión rusa, la Revolución popular, democrática y antiimperialista de Mao Tse Tung (hoy Zedong), sabiendo aún menos cosas de un país con una cultura milenaria y una filosofía de la vida completamente alejada de Occidente. También Argelia (Fanon) y Vietnam (Ho Chi Minh), como revoluciones lejanas, ejercieron influjo sobre los jóvenes y jovencísimos revolucionarios españoles. Y fue la cubana la que suscitó una adhesión más romántica, no sólo por la aportación guevariana del foco insurreccional, que teorizó Regis Debary en su opúsculo *¿Revolución en la Revolución?*, sino también por la muerte de su promotor, que comprobó en carne propia el fracaso de su teoría, dejando a muchos de sus seguidores en la más terrible orfandad.

Pero, ¿qué era lo que empujaba a los jóvenes españoles hacia las revoluciones exóticas? Por un lado, el descrédito de la Revolución francesa, más conocida pero entendida como revolución burguesa, pues, aunque ofrecía enseñanzas aprovechables sobre las clases subalternas, representaba, al fin y al cabo el triunfo del enemigo de clase, cuyas conquistas debían ser superadas por una revolución auténticamente proletaria. También nos empujaba la carencia de información fiable sobre países tan alejados del nuestro en todos los aspectos como los citados y la ausencia de una in-

vestigación prolongada que nos acercara a la realidad de sus sociedades por encima de las deformaciones de la propaganda, tanto a favor como en contra. No faltaban buenas dosis de improvisación y de dogmatismo, de reverencia por las acciones de otros, por muy modélicas que hubieran sido, impelidas por las ganas de acabar con la dictadura y por una fe ciega, o cegata, en la teoría, o mejor doctrina, sobre la revolución, entendida en gran parte como un programa a aplicar, como un modelo *prêt a porter* adaptado a las necesidades del consumidor para vestir un cambio de régimen. El resultado solía ser la copia, la imitación, la falta de originalidad de “soluciones” construidas sobre el modelo de revoluciones en países lejanos, en desarrollo, en sociedades agrarias o poco industrializadas. El modelo estaba en el tercer mundo, en la lucha anticolonial, que reposaba en buena medida en dos supuestos en buena medida erróneos: en la teoría del buen salvaje y en la maldad de los blancos europeos, en la pureza y la inocencia de los autóctonos, por un lado, y en la demostrada avaricia del colonialismo, cuando todavía no se habían percibido del todo, aunque indicios había, de los excesos y deformaciones de regímenes socialistas, socializantes o populares, resultantes de tantas heroicas guerras de liberación.

¿Y por qué no mirar a Estados Unidos, cuyos fundadores habían librado una guerra (de guerrillas) contra la monarquía británica y habían instaurado la primera república moderna? Pero en los años sesenta, la izquierda española mantenía una relación muy contradictoria con Estados Unidos. Por un lado, era, como el resto de la sociedad, consumidora de cultura norteamericana (literatura, vestimenta, cine, música) pero, por otro, mantenía un gran recelo sobre sus instituciones, pues el gobierno yanqui era uno de los principales soportes de la dictadura de Franco y, además, el peor rostro de Estados Unidos lo mostraba el imperialismo, resumido en cuatro conceptos (empresas multinacionales, Departamento de Estado, el Pentágono y la CIA).

Lo aprovechable de EEUU estaba en las calles, la contracultura, la lucha por los derechos civiles y la liberación de las mujeres, los Panteras Negras, los estudiantes, el pacifismo y la oposición a la guerra de Vietnam, no en las instituciones. Así, podíamos discutir sobre la revolución de *Octubre*, sobre la revolución popular en China, Cuba o Vietnam, pero no sobre la Declaración de Derechos del Buen Pueblo de Virginia, sobre la Declaración de Independencia, sobre el federalismo, impulsado por Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, tan oportuno hoy como en los años de la Transición, o sobre la Constitución federal de 1787 con su adición de Enmiendas. Nos perdimos, en un momento muy oportuno, un buen debate sobre eventos de un país más semejante al nuestro, que no dejaba tampoco de ser otra de las revoluciones exóticas, o la primera de ellas en el Nuevo Mundo.

Por ello, hay que dar la razón a Hanna Arendt cuando escribe: “Lo realmente importante fue que la tradición revolucionaria europea del siglo XIX no mostró más que un interés pasajero por la Revolución americana o por el progreso de la República americana. En franco contraste con el siglo XVIII, cuando, mucho antes de la Revolución americana, el pensamiento político de los *philosophes* se amoldaba a los acontecimientos e instituciones del Nuevo Mundo, el pensamiento revolucionario de los siglos XIX y XX se ha comportado como si nunca se hubiera producido una revolución en el Nuevo Mundo, como si nunca hubieran existido ideas y experiencias americanas en la esfera institucional y política sobre las que mereciera la pena meditar (...) Este fenómeno adquiere tintes especialmente desagradables cuando hasta las revoluciones que se producen en el continente americano se expresan y actúan como si se supieran de memoria los textos revolucionarios de Francia, Rusia y China, pero no hubieran oído hablar nunca de la Revolución americana” (*Sobre la revolución*, Alianza, 1988, p. 223)